

Remo Bodei

La filosofía del siglo XX (y más allá)



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *La filosofía del Novecento (e oltre)*
Traducido por Carlos Fernando Caranci Sáez y Carlo
A. Caranci

Publicado originalmente en Italia por Donzelli editore con el título *La filosofía del Novecento*.

Primera edición: 2001

Tercera edición, revisada y actualizada: 2024

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Estudiante sentada a la entrada de la Sorbona. En la columna, retrato de Karl Marx y pancarta de la Confederación General del Trabajo (CGT). París, 30 de mayo de 1968. (Colección particular.) © ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Giangiacomo Feltrinelli Editore Milano © 1997, 2006 Donzelli editore, Roma
Prima edizione nell'«Universale Economica» – SAGGI aprile 2015

© de la traducción: Carlos Fernando Caranci Sáez y Herederos de Carlo Alberto
Caranci Díez-Gallo, 2024

© Alianza Editorial, 2001, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-530-2

Depósito legal: M. 30.053-2023

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Nota introductoria
- 15 Prefacio a la nueva edición de 2015

- 1. Las filosofías del impulso
 - 17 El tiempo reencontrado
 - 22 Las cicatrices del crecimiento
 - 29 Periferias de la vida
 - 33 Esperanza en lo trágico
 - 37 El horror al estancamiento

- 2. Hacia nuevas evidencias: filosofía y saber científico
 - 48 El pensamiento matemático
 - 58 La relatividad
 - 66 El espacio interior

- 3. El *pathos* de la objetivación
 - 77 Durkheim y Weber
 - 83 De Groce a Gramsci

- 4. Los desniveles de la historia
 - 94 El historicismo de Dilthey
 - 102 Las otras humanidades: filosofía de la antropología
 - 117 El pensamiento revolucionario
 - 129 Mito y razón instrumental en el nacionalsocialismo

5. El encuentro de las filosofías y la nueva epistemología
 - 136 «De orilla a orilla»
 - 139 La filosofía estadounidense
 - 146 La epistemología del neopositivismo y su crítica

6. El pensamiento dialéctico
 - 158 Conciencia y totalidad
 - 163 La dialéctica negativa

7. El mundo y la mirada
 - 173 Husserl: la visión de la cosa
 - 182 Schütz: migraciones de sentido
 - 190 Heidegger: el desvelamiento del Ser
 - 199 Wittgenstein: el lenguaje y el mundo
 - 205 Sartre: la mirada del otro
 - 213 Laing y Bateson: los nudos inextricables
 - 219 Merleau-Ponty: el mantel blanco
 - 222 Foucault: la mirada del poder y las técnicas del yo
 - 236 Parfit o el túnel de cristal de la identidad

8. Los vínculos de la tradición
 - 241 El viaje de la vida: Blumenberg y las metáforas
 - 250 La mitología blanca de Derrida

9. *Vita activa*
 - 254 Arendt: pensar, querer, juzgar
 - 260 Habermas: el desierto avanza
 - 266 Rawls: «lotería natural» y justicia

10. Mirando hacia adelante
 - 273 Los horizontes de la Tierra

Índice

290	Desde Italia
303	Rorty: comunidad y verdad
308	Hambre de realidad
313	Incertidumbre y desapego
320	El retorno de la responsabilidad
324	Bioética y biotecnologías
336	Un mundo distinto
347	Notas
365	Índice onomástico

*Und es girren verloren in der Luft die
Lerchen und unter dem Tage weiden
Woblangeführt die Schafe des Himmels*

Hölderlin, *Mnemosyne*

A Chiara

A Lisa

Nota introductoria

Este libro ofrece instrumentos para reflexionar sobre la experiencia de un siglo denso, lleno de transformaciones imprevistas. Reconstruye las coordenadas que orientan nuestros paisajes mentales y dibuja el mapa de los recorridos en los que la filosofía se cruza con los saberes más representativos. Al captar las ideas en movimiento, resultan más visibles, en su especificidad, las articulaciones que estructuran el discurso filosófico, al que aquí nos referimos utilizando sólo fuentes primarias. Con un estilo narrativo claro y riguroso se dejan a un lado los dos modelos expositivos más difundidos: el de la historia lineal (que presenta retahílas de opiniones cosidas con el débil hilo conductor de la progresión cronológica) y el modelo, totalmente carente de contexto, de la descripción de los sistemas miniaturizados y aislados (que tendrían una existencia autónoma y fuera del tiempo). Preferimos la representación de escenas teóricas compactas, a través

de marcos conceptuales, en las que los protagonistas entrelazan de manera convincente sus argumentos, en un esfuerzo por aclarar problemas que también son los nuestros.

En términos cuantitativos, el origen de esta obra procede en un cincuenta por ciento de una investigación anterior que he reelaborado radicalmente (véase *Filosofía*, en *La cultura del 900*, Gulliver, Milán, 1979, y Oscar Studio Mondadori, Milán, 1981). La otra mitad consta de un trabajo completamente nuevo, que amplía algunas partes ya escritas y nos permite introducirnos en una reflexión filosófica más reciente.

Los Ángeles–Pisa, otoño-invierno de 1996-1997

Prefacio a la nueva edición de 2015

Han transcurrido varios años desde la segunda edición de 2006. En este tiempo, el debate filosófico más reciente se ha ido enriqueciendo con temas y autores de los que he querido dar cuenta críticamente, situándolos en el marco de los acontecimientos que han caracterizado a las últimas décadas. He reelaborado y ampliado, por consiguiente, el tratamiento de algunos capítulos, y me he centrado, en particular, en la última fase del pensamiento de Foucault, en el humanismo europeo en su comparación con otras civilizaciones, y en las biotecnologías y sus implicaciones. He añadido, por último, numerosas páginas sobre la filosofía italiana desde los años ochenta del siglo xx hasta hoy la actualidad, y sobre la relación verdad-realidad.

En un momento histórico en el que la existencia de innumerables seres humanos se ha vuelto precaria, y en el

La filosofía del siglo xx (y más allá)

que crece la incertidumbre respecto al futuro, la filosofía puede ayudarnos a reflexionar sobre nuestra condición.

Pisa–Los Ángeles, febrero 2015

1. Las filosofías del impulso

El tiempo reencontrado

A veces ocurre, según Proust, que quien se despierta en plena noche ha olvidado todos los datos relacionados consigo mismo y con el lugar en el que se encuentra. La razón, al relajarse en el sueño, ha borrado todos los límites de tiempo y espacio. Al despertar sólo queda un elemental e indeterminado «sentimiento de la existencia [...] como puede vibrar en lo hondo de un animal» y en un «hombre de las cavernas». Para situarnos y orientarnos de nuevo hay que reconstruir la red de las coordenadas del mundo y los «rasgos peculiares» de nuestro yo, llevando a cabo en pocos instantes un salto «por encima de siglos de civilización». Pero para recuperar la conciencia de nosotros mismos es necesario recomponer el orden de las cosas. En un primer momento es el cuerpo, en la oscuridad, el que nos ayuda, es «la memoria de los

costados, de las rodillas, de los hombros», que recuerda los distintos tipos de cama en los que ha dormido, que trata de adivinar la colocación de los muebles y las situaciones vividas: «Estaba en el campo, en casa de mi abuelo, muerto ya hacía tanto tiempo [...] huía hacia otro lado: estaba en mi cuarto en casa de la señora de Saint-Loup». Y mientras, «las paredes invisibles, cambiando de sitio según la forma de la habitación imaginada», preparan el reconocimiento del lugar en el que nos encontramos. Cada habitación se presenta modelada en la fuga de otras habitaciones, que aparecen como sus contornos fluctuantes, márgenes indispensables en el proceso de localización. Cada cosa tiene un halo de alteridad, ondea en su estado fluido, lo atraviesa la corriente del tiempo. Pero, de repente, la conciencia se despierta completamente, ha retomado el control de la situación, ha intervenido el pensamiento que todo lo solidifica:

Esa inmovilidad de las cosas que nos rodean acaso es una cualidad que nosotros les imponemos con nuestra certidumbre de que ellas son esas cosas y nada más que esas cosas, con la inmovilidad que toma nuestro pensamiento frente a ellas.

Hemos dominado las cosas y (con finalidad pedagógica, para evitar dispersión y fatiga) las hemos clasificado y simplificado, arrebatándoles toda alteridad interna, toda pluralidad de contornos, toda referencia a nosotros:

Lo que las palabras nos dan de una cosa es una imagen clara y usual como esas que hay colgadas en las escuelas para que

sirvan de ejemplo a los niños de lo que es un banco, un pájaro, un hormiguero, y que se conciben como semejantes a todas las cosas de su clase¹.

Para volver a tomar posesión verdaderamente de nosotros mismos y de las cosas, debemos llevar a cabo una especie de experimento, a solas y en silencio: reproducir la duración pura, resquebrajando las resistentes concreciones del presente, intuyendo más allá del pensamiento inmovilizador y del lenguaje clasificatorio. Lejos del gentío y de la cada vez mayor vulgaridad de los tiempos, protegidos de los estímulos demasiado intensos y por tanto entorpecedores de la gran ciudad, liberados de la obligación de operar de forma práctica sobre las cosas –al trabajarlas, en efecto, éstas revelarían, hegelianamente, una dureza muy diferente–, es posible evocar una existencia rica, articulada y matizada internamente, traducir la espacialidad en el tiempo de la conciencia, dar testimonio, en un laboratorio-catacumba de corcho, de una humanidad refinada y sensible que está a punto de verse arrollada.

En esta soledad podemos hacer que reaparezcan los estratos más antiguos de nosotros mismos, los diferentes «yos» que se han sucedido y que yacen en profundidades casi geológicas, aplastados por el peso de nuestra personalidad actual. Cada «yo» quedó sepultado en su día, a causa de una poderosa sacudida que provocó su abandono, obligándonos a reinventarnos a nosotros mismos. Por otra parte, el destino nos proporciona muchos «yos» de recambio en los que podemos reformular nuestras pasiones y nuestro pensamiento. Respecto a ellos, una vez que los hemos dejado atrás, sentimos sólo una «ternura

de segunda mano»². Pero, por suerte, no pudiéndolos elaborar completamente ni someternos al «yo» de turno a veces vuelven sobre sus pasos. Lo descubrimos de repente, con asombro, en el instante en que un recuerdo (del que creíamos no conservar ya ningún resto) viene hacia nosotros gracias a una chispa casual del presente. En estos momentos encontramos, milagrosamente intacto, un «yo» nuestro que ya pasó, pero que no está en absoluto desgastado por las sucesivas modificaciones psíquicas, protegido y custodiado paradójicamente por el olvido, como en una arqueta. Cuando los dos «yos» cronológicamente lejanos –el del presente y el del pasado– se tocan como hacen los dos polos de un arco voltaico, cuando la emoción ya no se separa del conocimiento «por ese anacronismo que con tanta frecuencia impide la coincidencia del calendario de los hechos con el de los sentimientos»³, entonces se advierte una especie de aroma de eternidad. Nos damos cuenta de que algo se ha salvado de la destructiva voracidad del tiempo. Parece, entonces, que se resuelve «el enigma de la felicidad», oculto en las agniciones «estereoscópicas» de nosotros mismos en cuanto que hemos permanecido idénticos a través de los cambios, únicos y desdoblados. Extrañamente, los acontecimientos que nos conmueven, cuando se asoman a través del recuerdo involuntario, son insignificantes a primera vista, pero se han salvado de la homologación con la perspectiva del presente precisamente porque la inteligencia los descartó por considerarlos inutilizables:

La menor palabra que hemos dicho en una época de nuestra vida, el gesto más insignificante que hemos hecho iba

acompañado, llevaba en él el reflejo de cosas que, lógicamente, no eran suyas, que fueron separadas de él por la inteligencia que no tenía nada que hacer con ellas para las necesidades del razonamiento, pero en medio de las cuales –aquí reflejo rosa de la tarde sobre la pared florida de un restaurante campestre, sensación de hambre, deseo de mujeres, placer del lujo; allí volutas azules del mar mañanero envolviendo unas frases musicales que emergen parcialmente de él como los hombros de las ondinas– el gesto, el acto más sencillo permanece clausurado como en mil vasos cerrados cada uno de ellos lleno de cosas de un color, de un olor, de una temperatura absolutamente diferentes; sin contar con que esos vasos, dispuestos en toda la altura de nuestros años en los que no hemos dejado de cambiar, aunque sólo sea de sueño y de pensamiento, están situados en alturas muy diversas y nos dan la sensación de atmósferas muy variadas [...]. Sí, si el recuerdo, gracias al olvido, no ha podido contraer ningún lazo, echar ningún eslabón entre él y el minuto presente; si ha permanecido en su lugar, en su fecha; si ha guardado las distancias, el aislamiento en el seno de un valle o en la punta de un monte, nos hace respirar de pronto un aire nuevo, precisamente porque es un aire que respiramos en otro tiempo, ese aire más puro que los poetas han intentado en vano hacer reinar en el paraíso y que sólo podría dar esa sensación profunda de renovación si lo hubiéramos respirado ya, pues los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido⁴.

A estos raros instantes podemos aferrarnos para huir de la plana uniformidad de una inteligencia que nos vacía de emociones y de matices, empujándonos a una rutina que olvida la posibilidad de rescatar el tiempo.

Las cicatrices del crecimiento

Así pues, los siglos de civilización y la inexorable presión de las necesidades prácticas conspiran para que se dé la tendencial univocidad y fijación de los pensamientos y de las cosas que éstos captan. Ya lo había afirmado, con formas más argumentativas, Henri Bergson, primo político de Proust. También él había tratado de demostrar que los contornos netos que atribuimos a las cosas no son sino el esquema de una influencia que podríamos ejercer sobre ellas, el programa de las posibles manipulaciones:

Son [los contornos] el plano de nuestras acciones eventuales lo que resurge ante nuestra vista, como desde un espejo, cuando percibimos las superficies y los contornos de las cosas [...] Hemos dicho que los cuerpos brutos los recorta de la tela de la naturaleza una *percepción* cuyas tijeras siguen de algún modo el trazado de las líneas sobre las que podría pasar la *acción*⁵.

La inteligencia y la percepción inmovilizadora son los instrumentos de una intervención en el mundo al servicio de la supervivencia de la especie humana. La acción, para ser eficaz, debe recortar el mundo según las líneas de una intervención posible. Sin embargo, con el fin de manipularlo, debe ser capaz de medir y prever, de crear instrumentos y máquinas, de extender su poder a los fenómenos más diversos. Por ello, la inteligencia y las ciencias son la prolongación de la acción por su capacidad de fabricar objetos artificiales, instrumentos y máquinas cada vez más perfectos.

Es la necesidad práctica de la acción lo que selecciona los recuerdos a la vista de las dificultades del momento, lo que pide ayuda a la memoria para resolver analógicamente los *impasses* que va encontrando. Así, el pasado se conserva virtualmente, de manera automática, y la memoria se puede comparar con un cono invertido, cuyo vértice condensa un número mínimo de recuerdos al tocar el plano del presente, que siempre se aleja y siempre es perseguido, mientras que los recuerdos aumentan progresivamente a medida que vamos retrocediendo hasta la base. «Inclinado sobre el presente», el pasado nos persigue y llama a la puerta de la conciencia.

Este tiempo sólo se tiene en cuenta cuando se considera útil, cuantificable. Con todo, sólo el espacio se puede medir, sólo lo que está programado y preestablecido con exactitud se puede prever. Pero ocurre que también extendemos impropriamente este paradigma de dominio y de control de lo real al campo de la conciencia y de la cultura humana, espacializando el tiempo y petrificando y homogeneizando lo que se modifica y se desarrolla. Así pues, nuestros estados de conciencia, que son «como seres vivos en un incesante proceso de formación», quedan asimilados a la exterioridad recíproca de las cosas inertes (al tiempo cronológico subdividido en partes iguales) y se consideran estables pese a su inestabilidad, y diferentes pese a su mutua penetración.

El tiempo cronológico es fundamentalmente ese símbolo t , empleado en las ecuaciones de la mecánica, que ofrece a Bergson, joven profesor en Clermont-Ferrand, la primera ocasión para reflexionar sobre la duración

y para distinguir el carácter abstracto del primero del carácter concreto de la segunda, que tiene valor intensivo y es «creación continua, fluir ininterrumpido de novedades». Y mientras que el tiempo cronológico se supone único y lineal, el de la duración es múltiple, elástico, complejo, carente de un ritmo único. Frente a la conciencia diluida y segmentada por el tiempo cronológico, exteriorizada y dependiente de las cosas, es necesario que nos reapropriemos individualmente de la existencia, que redescubramos en nosotros mismos la fuente de la espontaneidad y de la transformación, el impulso «floral» antimecanicista. Si en el marco del tiempo espacializado asistimos a la disolución del yo y a su directa subordinación a exigencias sociales despersonalizadoras, en el interior de la «duración» cada uno administra y capitaliza su propio desarrollo, «en avalancha sobre sí mismo».

¿Cuál sería el punto de apoyo para superar la condición normal de inercia, el frecuente empobrecimiento y pasividad de la conciencia? Triste es, en efecto, la condición de quien no hace más que dejarse arrastrar por la costumbre:

La mayor parte de nuestro tiempo lo vivimos en el exterior de nosotros mismos, no percibimos de nuestro yo más que un fantasma descolorido, sombra que la duración proyecta sobre el espacio homogéneo. Así pues, nuestra existencia se desenvuelve en el espacio más que en el tiempo; vivimos para el mundo exterior más que para nosotros; hablamos en vez de pensar; «somos actuados» más que actuar nosotros mismos. Actuar libremente es tomar posesión de uno mismo, es volverse a situar en la duración pura⁶.

Sin embargo, invertir el rumbo es difícil, debido a que nuestro sentido común, adquirido históricamente, procede del paradigma del espacio homogéneo e inerte, sobre el que interviene, recortando y pegando, una inteligencia instrumental que no es verdadera ni falsa (en esto Bergson está emparentado estrechamente con gran parte de la cultura filosófica de la época, de Nietzsche al empiriocriticismo, de James a la imagen crociana de la ciencia). Del mundo de la acción, es decir, también del mundo del trabajo, podemos evadirnos al mundo de la duración pura, de la libertad, cuyo reino comienza más allá de la praxis, más allá del trabajo. Y, ¿quién podrá gozar de este privilegio? ¿Quién podrá sustraerse de forma elitista a «ser actuado»? ¿Quién podrá evitar la degradación –económica, emocional, intelectual– de la existencia? Hay en Bergson una protesta implícita contra el deterioro de esta vida, la oscura impresión de que la ciencia se ha convertido en un aliado de la falta de libertad y de la reificación.

Ante esto reacciona básicamente con dos estrategias. En primer lugar, enfatizando el impulso hacia adelante, negando toda datidad inmutable y toda reducción al presente o a lo ya-sido, sin por ello prometer ninguna garantía de progreso real: la evolución es imprevisible, sólo podemos tener confianza en el cambio. Esto es así porque la «duración» queda garantizada por la analogía entre la conciencia humana y la vida de la naturaleza en conjunto. Ambas son creación continua, autoproducción. La vida psíquica es un constante manar de espontaneidad nueva e imprevisible. Su «impulso» es solidario con el impulso único que es la vida en general, que se disocia de sus diversas formas animales y vegetales, experimentando